



UN CILICIO EN EL MUSLO

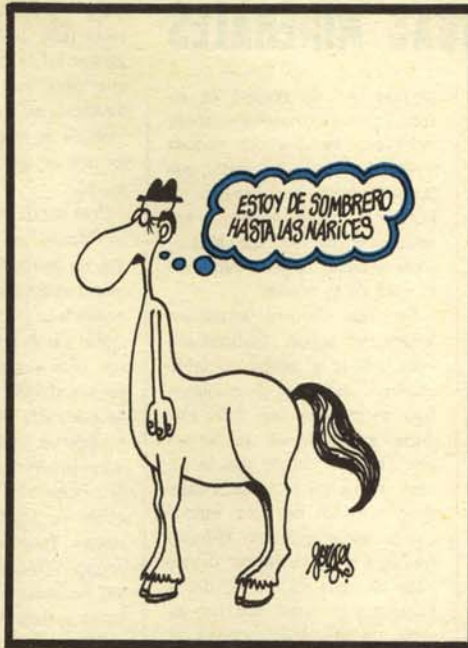
CON esto del verano ha llegado otra vez esa manía de querer ser felices. Aquí, en la costa, con traje de baño, se nota mucho. En el Occidente civilizado todo iba bien mientras las cosas estaban en su sitio: Galileo, en la cárcel; el cilicio, en el muslo del consumidor; las comitivas, en dirección a Jerusalén, y, de vez en cuando, una pasada de cólera morbo para curar los devaneos. La decadencia de Occidente comenzó desde el momento en que a la gente se le dio a conocer aquel bando de Descartes (pienso, luego existo) y le entró la convicción de que la felicidad era obligatoria.

Puestos en el aprieto de ser felices, antes eran más serios. Los Santos, para salir del paso, escribían un mamotreto sobre el camino de perfección o una guía de pecadores; los filósofos componían en letra redondilla un largo tratado sobre la esencia del placer, y al llegar al último folio, el lector ya estaba cazando moscas. Pero ahora la felicidad se ha aligerado. Lo impregna todo: desde la pastilla de jabón al agua embotellada, desde la excursión en burro-taxi hasta el bikini con anillas. En nuestro tiempo hacerse dichoso es fácil: basta con dejar de leer los artículos de Diego Ramírez, comprarse un buen bronceador y dedicarse al pulpo de bajura.

Por otra parte, la playa está llena de chicas físicamente insolentes. Uno puede darse un banquete de ojos, que es como aquel de Platón, pero en plan de dientes largos y con el ombligo fuera de la túnica. Aunque el espectáculo es gratuito: se ve al lígón de bigotito esconder la tripa cuando pasa por delante del corro de extranjeras, se ve al procurador en Cortes haciendo flexiones de cintura en vistas al próximo ejercicio político, se ve al lígón del bigotito que no se come una rosca, además de cubos, escafandras, pelotas de goma, barcas de plástico y demás instrumentos de la felicidad.

Pero lo nuestro, lo verdaderamente nuestro, es sufrir. Hoy he visto a una sueca en bikini que llevaba un cilicio en el muslo. Tal vez sea ese el camino: el ecléctico Y las suecas saben mucho.

VICENT



EL CIRCO



BANCARIO

¿QUE extraño maleficio había caído sobre el nuevo Banco de Inversión, edificado en el antiguo solar del circo Pimpine III? Todo empezó el día en que el ordenanza Ramírez abrió la caja de valores y salieron volando cinco palomas blancas, que ascendieron hacia la cúpula de cristal del patio de operaciones. Nadie sospechaba aquellas dotes de prestidigitación en tan modesto empleado, y sus compañeros sintieron el acuñante necesidad de demostrar ellos también sus facultades en algún ejercicio de fuerza o habilidad; desde aquel día, los ejecutivos perdieron toda su agresividad, y hasta las computadoras parían globos de colores y caramelos de menta en vez de perfectísimos organigramas. En cuestión de horas, las acciones del nuevo Banco bajaron en Bolsa varios enteros, y los accionistas —sintiéndose castrados— pidieron que se convocase una Junta General extraordinaria.

El día de la Junta, el patio de operaciones del Banco presentaba un aspecto imponente: de la balaustrada del primer piso pendían ricos tapices, con el lema de la casa bordado en letras de oro: «Presta bien y no mires a quién»; en un estrado cubierto de terciopelo granate habían preparado una mesa con agua, azucarillos y aguardiente para los miembros del Consejo, y abajo —unos sentados, otros de pie, algunos encaramados a las columnas de alabastro— rugía la plebe de accionistas, sedienta de «panem et circenses», pero sobre todo de «panem». En el inmenso vestíbulo central no cabía ni un alfiler; un rico accionista que pretendió pasar, montado en un camello, por el ojo de una aguja tuvo que quedarse fuera. De pronto se apagaron las luces, sonó un redoble de tambor y por el pasillo central apareció un ordenanza tocando «España cañí» al acordeón, acompañado al clarinete por varios auxiliares (vulgo botones); a corta distancia les seguía la plantilla de contables, que venían dando volteretas sobre la alfombra y haciendo equilibrios con

la cuenta de pérdidas y ganancias. En esto saltó al estrado —con faldita corta y micrófono— una chica bien parecida, que algunos reconocieron como la recepcionista del Banco, y con voz atiplada hizo la presentación: «Circuitos de Inversión tiene el honor de presentarles la actuación de Tontellini y sus economistas amaestrados», y ante la estupefacción de los accionistas, irrumpió en el patio central, pedaleando furiosamente sobre vehículos de una sola rueda, la «troupe» de Estudios Económicos, con el secretario general a la cabeza. Después le tocó el turno al jefe de Financiación, que improvisó un espectacular número de equilibrio sin red sobre la peseta convertible, y más tarde, el director de Personal ofreció un singular espectáculo de ilusionismo con el sueldo de los empleados. Y cuando ya parecía que era imposible superar aquellos números, saltó de nuevo al estrado la presentadora: «Para finalizar, y por primera vez bajo la carpa de un Banco, Circuitos de Inversión se complace en presentar a... ¡Solmán el Magnífico y sus plutócratas de Bengala!». Hubo quien esbozó una sonrisa al contemplar al consejero-delegado embutido en una casaca de domador, con unas botas altas que no hacían sino acentuar el volumen de su barriga, pero cuando —al compás de un ritmo oriental— empezaron a desfilar por el pasillo a cuatro patas, echando miradas desafiantes a uno y otro lado, los fieros miembros del Consejo, se hizo un silencio sepulcral entre la masa de accionistas. Uno tras otro, los plutócratas subieron al estrado de un salto flexible y majestuoso; hubo un momento de tensión cuando uno de los consejeros, negándose a saltar, hizo frente al domador, llegando incluso a amagar con su zarpa cubierta de sortijas, y el mismo consejero discolorado se enzarzó, una vez arriba, con otro de sus compañeros, tirándole una tarasca al pescuezo, pero la imperiosa voz de mando del consejero-delegado y el chasquido de su látigo solucionaron aquellas situaciones de peligro. Y cuando el domador consiguió que todos los consejeros, parados sobre sus cuartos traseros, tendiesen sus dos zarpas juntas, como implorando perdón a la masa de accionistas, ni la propia presentadora pudo retener una exclamación de júbilo: «¡Hale, hop! ¡Fantástico, muchachos!». Y todos los accionistas, sabiendo que al día siguiente sus acciones serían vendidas a la baja, sabiendo que aquello significaba la pérdida de los ahorros de toda su vida, prorrumpieron en vítores y aplausos, mientras de la cúpula del patio de operaciones caía una lluvia de globos de colores.

EL HIJO DE GUZMAN EL BUENO

